

INTRODUCCIÓN

Durante los últimos decenios estamos asistiendo a una revisión en profundidad de los diversos elementos que, a modo de referencias básicas, constituyeron las formulaciones de la historiografía tradicional para la comprensión de la Antigüedad Tardía. Es evidente que la visión de la Antigüedad Tardía, en general, ha estado condicionada por concepciones historiográficas que han actuado como marcos fijos de referencia: por ejemplo, el concepto de crisis del s. III, la categorización del Alto y del Bajo Imperio como tiempos radicalmente opuestos, el carácter supuestamente alternativo de las *villae* respecto a las *civitates*, las invasiones del s. V como hito que marca un antes nítidamente diferente respecto a un después, la concepción de un mundo radicalmente bipolarizado entre romanos y bárbaros, etc. El esquema era cómodo por sencillo, pero seguramente poco objetivo. Hoy se replantea la cuestión sobre nuevos términos; frente al antiguo concepto de crisis se insiste más en el de procesos de cambio, a veces procesos de largo recorrido; frente a la idea de discontinuidad de las formas clásicas de vida y cultura se resaltan los aspectos de continuidad, frente a la noción subjetiva de decadencia se habla más de realidad transformada, frente a la concepción antitética entre medio rural y ciudad admitimos ahora la complementariedad de ambos espacios y seguimos valorando el papel de la ciudad como elemento articulador de los territorios durante los siglos de la Antigüedad Tardía. Incluso los esquemas de alteridad, por ejemplo entre continuidad y discontinuidad, están siendo cuestionados: no se trataría específicamente tanto ni de una ni de otra. Hoy se habla de transformación más que de crisis, no se niegan los cambios ni su profundidad, pero se observan también con atención los elementos de continuidad y, desde luego, se contemplan aquellos como producto de procesos históricos más que de impulsos puntuales de carácter traumático.

En los últimos decenios se ha producido el derrumbe de la perspectiva tradicional en cuanto que armazón explicativo unívoco, hallándose todo o casi todo en franca revisión. Ello está conduciendo a nuevas formas de problematización

de las etapas tardoantiguas, tanto a escala general de los pueblos del occidente latino, como a escala regional de Hispania. No son aceptadas algunas de las tesis asentadas a lo largo del siglo XX y, en general, la visión académica peninsular comienza a integrarse en la más general que se tiene sobre el devenir del occidente europeo y mediterráneo. Sin embargo, el debate científico se ha articulado de manera que no resulta extraño encontrar aportaciones recientes, como la de Ward-Perkins (2005), que regresa a los postulados vinculados a la idea de ruptura, enfrentándose, precisamente, con los esquemas actualmente hegemónicos, de los que puede ser un buen exponente el proyecto europeo *The Transformation of the Roman World*, que ha deparado ya no pocos volúmenes sobre temas transversales de la Antigüedad Tardía. La revisión, por lo tanto, no está exenta en estos días de un cierto debate sobre parámetros probablemente maximalistas, en torno a rupturas o continuidades, que en ambos casos necesitan descender al detalle de las estructuras locales, que es lo que este libro propone para el caso del norte de la Hispania romana y post-romana.

Vivimos momentos de renovación historiográfica y de intensificación de estudios, que sin duda están conduciendo a configurar una imagen más matizada y precisa del acontecer en el amplio arco cronológico que va desde el final del poder romano en occidente hasta el surgimiento de las sociedades europeas propiamente medievales. El momento historiográfico actual proporciona una imagen de la Antigüedad Tardía, lejos del sencillo esquema tradicional, como un marco muy plural y complejísimo de realidades históricas, por lo demás como cualquier otra fase de la historia humana. Quizá hoy reconocemos más abiertamente las limitaciones objetivas con las que contamos para abordar cualquier faceta de la Antigüedad Tardía, lo cual obliga, como se está haciendo, a una utilización más crítica de las fuentes disponibles y propicia propuestas ponderadas y flexibles de interpretación.

El progreso reciente en la crítica textual, añadido al avance de los métodos arqueológicos y a la multiplicación de los sitios excavados en los últimos años, así como a los planteamientos de historia comparada entre Hispania y otros ámbitos del occidente europeo, han permitido romper muchísimos de los esquemas fijos que habíamos heredado de la historiografía tradicional. El acumulado de nuevos estudios sobre las fuentes escritas, sobre epigrafía y numismática tardías, la información arqueológica ofrecida desde renovados métodos y planteamientos, permiten hoy ofrecer una nueva visión sobre la Tardoantigüedad hispana. La vieja dependencia de la arqueología respecto al enfoque catastrofista de las fuentes, se encuentra hoy en franca revisión, de tal manera que se disocian hechos históricos violentos conocidos por las fuentes escritas de procesos de abandono o destrucción de hábitats (de ciudades y, en particular, de *villae*).

Nos hallamos ciertamente ante un período de disponibilidad renovada de información, que está aportando un avance cuantitativo y cualitativo importan-

te. Para ciertos temas ese avance se encuentra en sus fases de inicio, para otros en un punto más elaborado del conocimiento histórico, pero quedan todavía otros muchos aspectos de los que más bien sabemos lo que la tardoantigüedad hispana no fue, sin que podamos reconstruir lo que realmente fue. La diferencia entre nuestro momento historiográfico y el de hace pocos decenios estriba en que antes se construían grandes teorías con pocos elementos de información y ahora, con mayor número de ellos, somos conscientes de la imposibilidad de reducir objetivamente el acontecer a un esquema fijo y de validez global. Hace unas décadas con pocos datos (y muchos de los arqueológicos mal conocidos) se vivía en la seguridad de un esquema histórico claro, hoy con la información multiplicada estamos instalados en la duda; sabemos que no sirve el paradigma de “decadencia y ruina”, principalmente referido a los siglos III al VI, con el que se operaba tradicionalmente, pero en su lugar tampoco tenemos muchas perspectivas seguras sobre el acontecer.

El reconocimiento de nuestras limitaciones presentes está operando como factor de prudencia en las formulaciones, al tiempo que sirve de acicate para alcanzar nuevas cotas de saber histórico. El resultado es que hoy intuimos la Tardoantigüedad como un mundo más complejo de lo imaginado, sabiendo que muchas de sus facetas aparecen ante nosotros con perfiles todavía borrosos y difuminados; nuestro punto de observación se distancia de las visiones rotundas y simples anteriores, precisamente por los muchos puntos de incertidumbre existentes.

Creemos que hay que seguir trabajando y sumando aportaciones especializadas, cada cual desde su parcela temática, desde su especialización regional o cronológica, desde su enfoque metodológico propio. Hoy el panorama se nos presenta positivo y prometedor, al menos a la vista de la intensificación de las investigaciones en los diversos campos de la Antigüedad Tardía, que no son sino la manifestación del mayor número de especialistas dedicados a esta parcela de la disciplina histórica general. Estamos ante un florecimiento de la investigación en torno al período tradicionalmente denominado “Siglos Oscuros”.

En esa línea de vitalización de los estudios se incardina el presente volumen con la pretensión de constituir una aportación más al avance del conocimiento sobre la Antigüedad Tardía en Hispania. El punto de partida fueron las *“Jornadas sobre Antigüedad Tardía en el Norte de la Península Ibérica”*, organizadas por la Universidad de La Rioja durante los días 14 y 15 de abril del 2005 y en las que participaron de manera activa los especialistas que ahora conforman el índice de esta obra. El objetivo general de las Jornadas mencionadas fue reunir a un grupo de especialistas, que tuvieran perfiles diferenciados de dedicación temática y que aportaran perspectivas lo más interdisciplinarias posibles en relación con los estados actuales de la investigación sobre los diferentes ángulos desde los que es posible contemplar la evolución de las comunidades del norte peninsular en el tránsito

entre la Antigüedad y la Edad Media. Se pretendía analizar una parte de las múltiples facetas desde las que siempre es necesario examinar toda realidad histórica.

El tercio norte peninsular constituyó el espacio geográfico en el que se centraron las diversas contribuciones y los debates, que siguieron a cada ponencia, pusieron de relieve cuestiones historiográficas del mayor interés. Lejos de aquel viejo tópico primitivista de Estrabón, de concebir los territorios septentrionales hispanos como espacios incivilizados por su apartamiento de los grandes centros mediterráneos, por su clima brumoso y húmedo y por el escaso desarrollo de las formas urbanas, el norte y el noroeste fueron durante la Antigüedad Tardía un espacio abierto a las corrientes más generales del momento y plenamente integrado en un flujo de comunicaciones a larga distancia. Diversas aportaciones a esta obra dejan bien sentado tal punto de vista. El territorio objeto de estudio a través de las contribuciones del presente volumen perteneció administrativamente a las provincias Tarraconense y Gallaecia tras la organización tetrárquica del Imperio. Es un espacio en modo alguno homogéneo, que alberga realidades internas y derivas históricas diferenciadas según regiones. El oriente de la Tarraconense permaneció vinculado al poder imperial hasta la desaparición formal de éste y las formas económicas, de sociedad y de cultura se asimilan, en general, a las del mundo itálico y del sureste de la Galia; aquí lo hispanorromano se desarrolló con plena continuidad dentro de los flujos generales.

En el interior de la Tarraconense el panorama se muestra algo más plural; al norte y al sur del occidente pirenaico el acontecer parece estar determinado por la proyección de comunidades de vascones hacia Aquitania y hacia el Ebro y por los intentos de los poderes territoriales merovingios y visigóticos de someterlos o, al menos, de contenerlos en las zonas del *saltus*. Las tierras del Ebro medio se convirtieron durante el s. V en espacio frontera entre la declinante autoridad imperial, las pretensiones suevas y la política del poder godo de Tolosa, con las consecuencias que ello debió de comportar para el poblamiento y para la continuidad de las formas heredadas de la tradición anterior. Desde el s. VI fue definitiva la reducción de la región a frontera entre visigodos y vascones; ocasionalmente, también con presencia de los poderes merovingios norpirenaicos. A partir de Leovigildo el Ebro medio cumplió el papel estratégico de primera retaguardia frente al conflicto vascón, papel que continuó de modo similar tras la integración de la zona bajo el dominio musulmán en el s. VIII. Ello tuvo consecuencias evidentes en cuanto al destino de las poblaciones.

Por lo que respecta a los espacios otrora pertenecientes a las referencias étnicas de várdulos, caristios, turmogos, cántabros y astures, los acontecimientos del siglo V parecen mostrar situaciones diferenciadas según se trate de las tierras cis-montanas o trasmontanas. Las poblaciones ubicadas al sur de la Cordillera Cantábrica vivieron acontecimientos traumáticos derivados de hechos de guerra (por ej., Lugo, Astorga, Palencia), primero en el marco de la confrontación sue-

vos-visigodos y después, en el s. VI, en el marco de las operaciones de Leovigildo para integrar el norte peninsular bajo la monarquía unitaria de Toledo. No consta en las fuentes que esas operaciones se desarrollaran en la banda costera, pero el silencio historiográfico no siempre es sinónimo de ausencia de acontecimientos; por otro lado, y en el marco de unas rutas marítimas occidentales siempre abiertas, queda constancia de traumáticas razzias ocasionales en *Gallaecia*, como la de los hérulos, y también de la llegada pacífica de gentes britonas a la misma región. En todo caso, y creemos que es lo importante, lo más característico del período, tanto al sur como al norte de la cordillera, fue la constitución de poderes locales y regionales en paralelo con el proceso de desestructuración de la administración y del gobierno del Imperio en Occidente. Más aún, la estable integración de las comunidades septentrionales bajo el dominio de Toledo desde finales del s. VI sólo fue posible, con toda probabilidad, porque se dieron ciertas formas de pacto con las élites locales, lo que significó su legitimación social a escala local y al mismo tiempo su reforzamiento en relación con los poderes supraterritoriales.

Tras el colapso del Imperio en Occidente, parece que en *Gallaecia* fue determinante hasta Leovigildo la presencia del conglomerado de gentes conocidas como suevos, que constituyeron un estado definible más bien como étnico y más dificultosamente como territorial, sometido con cierta periodicidad a dramáticos vaivenes. La conquista de *Gallaecia* por Leovigildo debió limitarse a cercenar las bases del poder suevo, porque la integración del noroeste en el estado toledano debió requerir también, al igual que en el resto de las áreas norteñas peninsulares, el pacto con las élites urbanas, eclesiales y fundiarias de la región.

Bajo esa red compleja de realidades fue tejiéndose el curso histórico de los pueblos norteños, de lo cual deducimos que el norte de Hispania ni fue en la transición de la Antigüedad al Medioevo un espacio homogéneo desde el punto de vista histórico-cultural, ni tampoco estuvo cerrado, más bien al contrario, a las grandes coordenadas históricas. El presente volumen pretende ser un reflejo fiel de ese panorama de derivas históricas diferenciadas, con la pretensión genérica de ofrecer una perspectiva actualizada de diferentes problemas historiográficos que conciernen a las comunidades del norte peninsular entre el Bajo Imperio y la Alta Edad Media. Naturalmente, en un volumen como éste ni todas las cuestiones posibles pueden incluirse, ni tampoco siempre se puede hablar de un espacio seccionable por unidades regionales bien individualizadas.

Como criterio orientador de las *Jornadas sobre la Antigüedad Tardía en el Norte Peninsular*, y por tanto también de los contenidos de este volumen, hemos atendido a un triple eje (geográfico, temático y metodológico), de cuya combinación más o menos libre en las distintas aportaciones se lograría el objetivo de definir una visión plural de las principales cuestiones del acontecer tardoantiguo en el área de referencia. El grupo mayor de trabajos centra el análisis

en un espacio regional preciso, si bien, como es lógico, enmarcando los problemas tratados dentro de las dinámicas históricas más generales; otros, por el contrario, abordan perspectivas geográficas o temáticas más amplias. Tampoco faltan, finalmente, trabajos que plantean nuevos métodos y modelos interpretativos con el objeto de arrancar nuevas respuestas a las fuentes ya conocidas.

El primer estudio, en el que se combina lo geográfico y lo temático, es el de Alejandra Chavarría, con su aportación sobre las *villae* en la mitad oriental de la Tarraconense (Aragón y Cataluña). La autora ha contribuido con sus trabajos a superar los esquemas tradicionales sobre el tema y, principalmente en este volumen, habla sobre su fase final, una cuestión no exenta de dificultad y, por tanto, de polémica. En línea con trabajos anteriores, la autora sienta con claridad ciertos puntos: la monumentalización de las villas en el s. IV, la vitalidad de los núcleos urbanos significativos en sincronía con la monumentalización de las *villae*, la continuidad de las relaciones anteriores ciudad-territorios, etc. En cuanto a las fases finales de las *villae*, se apunta a multiplicidad de causas, entre las cuales las de carácter traumático parecen cobrar menos importancia, mientras que las relacionadas con los procesos de cambio en la titularidad y tenencia de las tierras podrían ser más significativas.

Un segundo estudio, el de Urbano Espinosa, contempla también un espacio regional definido: el Alto-Medio Ebro y las áreas pirenaicas suroccidentales, centrandó el trabajo en la evolución de la ciudad tardoantigua en la zona y sus relaciones con los espacios rústicos. Dado que la ciudad ha sido siempre el eje de la mayor parte de los desarrollos históricos, en la práctica a través de este tema se nos dibuja casi de manera integral la historia tardoantigua de las comunidades del Ebro medio. El autor no niega la retracción del hecho urbano durante ese tiempo, pero parece claro que la ciudad siguió articulando el discurrir histórico de las gentes de la región; y es que el concepto *Tardoantigüedad* no podría sostenerse sin la realidad de la vida urbana, a la que se halla íntimamente ligado el continuismo de lo clásico; de igual modo, la rarificación de aquélla implicaría a la vez la progresiva rarificación de la herencia clásica hasta su sustitución por las nuevas corrientes del Medievo.

A la cuestión vasca en la Antigüedad Tardía se consagra el estudio de Iñaki Martín Viso, quien desde una relectura ponderada de las fuentes (literarias, numismáticas, arqueológicas, etc.), plantea una visión crítica y equilibrada del tema, centrado en las áreas de las actuales Comunidades del País Vasco y Navarra. Se excluye el espacio vascón al norte del Pirineo y se ubica el centro de la discusión cronológicamente en los ss. V-VII. Con harta frecuencia la cuestión vasca se ha visto contaminada por perspectivas metahistóricas, vinculadas a los modernos nacionalismos, respecto de las cuales el autor mantiene un riguroso distanciamiento. Apoyándose en la renovada visión sobre la Vasconia tardoantigua, que la investigación ha logrado en los últimos tiempos, y en el

entramado crítico al que somete los datos disponibles, el autor consigue dibujar un escenario complejo y bastante matizado de las cambiantes relaciones de conflicto o de concordia que se dieron entre las élites autóctonas vasconas y los poderes territoriales con pretensiones sobre el territorio. Se trata de una propuesta muy útil para hacer avanzar la investigación.

La aportación de Santiago Castellanos trata sobre las relaciones entre poderes locales y grandes poderes territoriales a lo largo de la Antigüedad Tardía. Tras una primera parte dedicada a analizar la cuestión mientras aún persiste el general sistema romano de dominio (hasta el s. V), completa su aportación centrandó la discusión en las políticas de la monarquía visigoda de Toledo, tendentes a construir un estado peninsular unitario basado en relaciones de cooperación mutua con las aristocracias septentrionales; en definitiva, se debate sobre el cambio de referencias para los *potentiores* locales en el tránsito del *imperium* a los *regna* germánicos. Uno y otros reclamaban de esas élites modelos diferentes de desenvolvimiento, que les permitieran sobrevivir y salvar a la vez sus niveles de privilegio y de liderazgo social.

En cierta forma vinculado a la temática anterior, aunque centrado en un espacio regional preciso y abordado desde perspectivas diferentes, el trabajo de Julio Escalona habla sobre el final del mundo romano en la meseta del Duero desde un modelo interpretativo basado en contemplar los hechos históricos desde la noción de escala y cambios de escala en términos de mayor o menor complejidad organizativa política y territorial. Dado que siempre hay estructuras de poder sobre los grupos, el autor aplica en su estudio tal modelo para comprender mejor los fenómenos de cambio. A una escala macro, se requiere de determinadas estructuras que posibiliten la función de un estado macroterritorial y las pequeñas escalas se acomodan a tal función, como sabemos que ocurrió en el Imperio Romano. Por el contrario, la desaparición formal de éste da lugar a la afirmación autónoma de aristocracias a pequeña escala, sean éstas urbanas o patrimoniales, cuya dinámica tiende a deconstruir las viejas estructuras generales, dando lugar a procesos de fragmentación. Al autor no se le escapa que, frente a las tendencias de deconstrucción, también intentan afirmarse en el período contemplado las de sentido opuesto, las tendencias de reconstrucción de escalas territoriales superiores, dando lugar a tensiones históricas que definen el movimiento y el cambio históricos. El trabajo señala que las tendencias reconstructoras corren a cargo en parte de la jerarquía eclesiástica desde el s. VI y, desde luego, del reino visigodo de Toledo hasta principios del s. VIII; éstas fuerzas unificadoras, de carácter centripeto, llegan a moderar el proceso de fragmentación, pero no a revertirlo, pues incluso en el ámbito eclesial conviven las dos corrientes en la zona estudiada. La fragmentación alcanzaría su *optimum* histórico tras el colapso del reino de Toledo ante el poder musulmán, lo que generó desde el s. VIII carencia de información (apagamiento de fuentes escri-

tas) sobre las comunidades de la cuenca del Duero hasta la formación del reino asturleonés y del condado de Castilla, provocando de ese modo la apariencia de discontinuidad demográfica (despoblación), tesis defendida por la historiografía tradicional y a la que el autor se opone con convincentes argumentos.

No podía faltar una aportación sobre el devenir histórico de las tierras más noroccidentales de la Península, la *Gallaecia*; a ello ha dedicado su atención Pablo C. Díaz, centrándose principalmente en la evolución que ha llevado a lo largo del tiempo la identificación de *Gallaecia* como espacio con identidad propia reconocida. Tras la definición bajoimperial de la provincia *Gallaecia*, de límites relativamente ampliados hacia el este, el perfil geográfico e identitario definitivos se generaría a lo largo de la etapa visigoda, tal como pone de relieve el autor apoyado en reiterados documentos. El autor aporta importantes precisiones sobre la significación del famoso *Parrochiale Sueuum*, desde el punto de vista religioso y civil, como fuente para comprender la articulación y organización de territorios galaicos. La integración de *Gallaecia* bajo el reino de Toledo (desde Leovigildo) no alteraría las estructuras preexistentes y, con ello, contribuyó a consolidar en el tiempo la identificación interna y externa del espacio y de las gentes de *Gallaecia*. Bastante que ver con su definición histórica tuvo la organización eclesial de la zona y el pujante liderazgo de personajes significativos como Hidacio, Martín de Braga, Fructuoso o Valerio del Bierzo.

El presente volumen incorpora dos estudios sobre el tema militar con enfoques bien diferentes entre ambos, y al tiempo complementarios, para mejor comprender los procesos de cambio en esta materia durante la Antigüedad Tardía. En primer lugar, la aportación de Carmen Fernández-Ochoa y de Ángel Morillo incide, en línea con trabajos anteriores de estos autores, en el importante papel que desempeñó el ejército en la ofensiva de los Tetrarcas y de Constantino para la reorganización y la estabilidad del Imperio Romano. Nuevas técnicas poliercéticas (amurallamientos) refuerzan y aseguran la red urbana anterior en el norte y en el noroeste peninsulares para servir en retaguardia como apoyo a la seguridad exterior e interior. Con toda verosimilitud los autores proponen que el ejército peninsular fue protagonista de muchos amurallamientos, porque también debía de ser el garante de asegurar la recogida de los recursos de la *annona* y que éstos fluyeran con regularidad hasta los distritos militares septentrionales del Imperio. El estudio pone de relieve el papel central de las *civitates* en la recaudación de la *annona* y otros tributos, mientras la máquina administrativa del estado bajoimperial se mantuvo en funcionamiento.

El segundo trabajo de temática militar lo aporta Margarita Torres, quien nos acerca a una comprensión de la dimensión militar en el occidente europeo alto-medieval a partir del estudio de los modelos tácticos y estratégicos tardorromanos, unidos a la aportación peculiar de la herencia germánica, como es el individual caudillaje político-militar. Todo ello, propone la autora, configura un

modelo mixto de fundamentación de la práctica de la defensa del estado territorial, basado en parte en las reclutas directas por la autoridad unitaria y en parte en agrupaciones procedentes de la señorialización del territorio. En el camino hacia ese modelo jugó un importante papel el hecho de que los ejércitos tardoimperiales llegaran a estar configurados de modo cada vez más significativo por contingentes de *foederati*. El estudio se completa con una visión, segmentada en los grandes espacios territoriales del occidente europeo, de las cuestiones relacionadas con lo militar, con las formas de liderazgo, de organización y de planteamientos estratégicos.

Para cerrar esta obra, una perspectiva y una metodología específicas introduce el trabajo de Margarita Fernández Mier; especialista en cuestiones de territorio y arqueología del paisaje, contempladas desde una perspectiva histórica, nos ofrece un estudio sobre las formas de hábitat y sobre los patrones tardoantiguos de asentamiento, tanto romanos como indígenas, y de explotación del territorio en espacios del antiguo *conventus Asturum* (León y Asturias actuales), como vía para poder explicar adecuadamente la génesis de ciertos desarrollos del poblamiento rural en época medieval. El modelo interpretativo que se propone cuenta todavía con escasos precedentes en la zona estudiada, lo cual otorga mayor significación a la aportación que aquí se realiza, pero resulta prometedor para poder explicar las mutaciones que se produjeron en las estructuras sociales y económicas en el tránsito de la Antigüedad al Medioevo, tal como se está avanzando en otros ámbitos geográficos que cuentan ya con un bloque importante de investigaciones en esta línea.

Tanto las *Jornadas sobre Antigüedad Tardía en el Norte de la Península Ibérica* (Logroño 14-15 de abril de 2005), como la edición de este volumen, que ahora ve la luz, se han llevado a cabo dentro del proyecto de investigación “*¿Siglos de transición? Comunidades locales y dinámicas de poder en el alto Ebro (ss. IV-VII d.C.)*” (BHA2003-04875), que ha sido financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia. La Universidad de La Rioja ha colaborado complementariamente en el desarrollo del proyecto y, desde luego, la aportación de esta institución a través de su Servicio de Publicaciones ha sido fundamental para la publicación del presente volumen.

**Urbano Espinosa y
Santiago Castellanos**
Editores